

# LOS ORÍGENES SOCIALES DEL IMPERIALISMO ESTADO- UNIDENSE



*Charles Bergquist\**

**E**ste ensayo representa un esfuerzo por vincular las preocupaciones de los historiadores laborales latinoamericanos con aquellas de los historiadores laborales en los Estados Unidos. Los estudios laborales en América Latina y los Estados Unidos se han desarrollado en gran medida por separado. Ambos deben mucho más al ejemplo establecido por la historia laboral europea que el uno al otro. En la medida en que existe la comunicación y la fecundación mutua entre los historiadores laborales en el hemisferio, por lo general éstas han sido un camino de una sola vía transitado por los latinoamericanistas que viven en los Estados Unidos. Quienes residimos en la sociedad estadounidense y nos ganamos la vida estudiando la vida laboral latinoamericana nos contamos entre los pocos

que conocemos algo acerca de la historia laboral en ambas partes del hemisferio, la desarrollada y la subdesarrollada.

Uno podría pensar que tal pericia pudiera ser especialmente útil en esta era post-Guerra Fría en la que se habla del "Nuevo Orden Mundial" y en la que se percibe una presión creciente por lo que eufemísticamente se ha llamado el "comercio libre" en el hemisferio. Quienes sentimos empatía por la lucha democrática de la clase trabajadora, como la mayor parte de los historiadores laborales, deberíamos pensar acerca de las estrategias para defender y aumentar los logros que ha alcanzado la gente trabajadora en las Américas. Utilizo el término "democrático" para significar una mayor participación y control sobre las decisiones acerca de la producción, la reproducción y la distribución por parte de la mayoría de las personas en una sociedad.

También en los Estados Unidos, como en América Latina, tales logros se han ido desgastando duran-

\* Profesor, Departamento de Historia, University of Washington, Seattle.

te algún tiempo, un proceso que se encuentra estrechamente vinculado a la ideología del neoliberalismo que actualmente recorre el globo. El neoliberalismo, entre otras cosas, es diseñado para promover inclusive una mayor movilidad de capital de lo que hemos visto en el pasado. Históricamente esa movilidad (tanto en el interior de los estados-naciones como a través de las fronteras nacionales) ha sido el arma más potente de los dueños de los medios de producción en el empeño por subvertir la organización y los logros de los trabajadores. Los trabajadores, en contraste, han estado mucho más comprometidos con su lugar de origen y con la comunidad, y especialmente desde 1920 ellos han visto cómo su habilidad para desplazarse a través de las fronteras nacionales se ha vuelto mucho más limitada por el Estado.

El diseño de tal estrategia es un trabajo difícil al que los historiadores laborales sólo podemos contribuir tangencialmente. Como todo trabajo de los historiadores, nuestras contribuciones a esta urgente tarea política serán ideológicas, lo que no significa que podamos comprometer los cánones de nuestra disciplina o nuestra propia honestidad intelectual. Por el contrario: debemos empeñarnos en repensar la historia laboral en las Américas de modo que podamos promover una política democrática por la lucha en el presente y al mismo tiempo explicar el pasado más exacta y persuasivamente de lo que lo han hecho las interpretaciones rivales que sirven a las necesidades de los antagonistas de la clase trabajadora.

Una manera de empezar a repensar esa historia consiste en aplicar la experiencia de trabajo en el campo de la historia de América Latina con miras a una evaluación crítica del campo de la historia de los Estados Unidos. Teniendo en cuenta nuestros métodos disciplinares, ésta es una empresa extraña y riesgosa para los historiadores. Nosotros somos entrenados en el estudio de un lugar y tiempo específicos, por lo general una historia nacional sobre un periodo relativamente corto, y la estructura de nuestra disciplina —empleos, financiación, prestigio— está diseñada para mantenernos allí. Como resultado, virtualmente hemos abandonado el estudio de la historia comparativa y mundial, dejándolas a ambas en las problemáticas manos de los científicos sociales. Es cierto que una historia laboral americana altamente satisfactoria dependerá en última instancia del trabajo de los especialistas de cada país. Idealmente, resultaría de los esfuerzos colectivos capaces de tender un puente entre los *ghettos* nacionales en los que comúnmente hacemos nuestro trabajo más sofisticado aunque parroquial. Pero los no especialistas pueden contribuir a este proyecto de una manera conceptual importante. En lo que sigue, implícitamente yo revelo lo mucho que he aprendido de los historiadores laborales estadounidenses. Pero mi propósito explícito es tratar de demostrar lo mucho que los historiadores laborales de los Estados Unidos podrían aprender de la perspectiva y los métodos de los latinoamericanistas.

El tema del presente ensayo, los orígenes sociales del imperialismo estadounidense, se acomoda a este propósito por dos importantes razones. La pri-

mera, y la más obvia, porque la guerra de 1898 lanzó a los Estados Unidos en un impulso imperialista que ha tenido profundas implicaciones para todas las sociedades de las Américas y, de hecho, para el mundo, desde entonces<sup>1</sup>. La segunda, porque las herramientas conceptuales y metodológicas de los historiadores latinoamericanos han evolucionado en gran parte como respuesta a ese expansionismo. En décadas recientes tales herramientas han revolucionado y democratizado el estudio de la historia latinoamericana. Trataré de mostrar que podrían contribuir también a una revisión similar del conocimiento histórico de los Estados Unidos.

## I

El mejor estudio de los orígenes del imperialismo de los Estados Unidos sigue siendo *The New Empire* (Ithaca, 1963) del historiador estadounidense Walter LaFeber<sup>2</sup>. La mayoría de las ideas del libro no eran nuevas; en realidad, pueden encontrarse en el libro seminal de uno de los mentores de LaFeber en la Universidad de Wisconsin, William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy* (Cleveland, 1959). Pero el alcance de la síntesis que hace LaFeber de estas ideas, la claridad con que define su tema, la notable, aunque no reconocida, fidelidad de su interpretación a elementos de las teorías clásicas sobre el imperialismo elaborado por social-demócratas y marxistas (un reseñador perceptivamente llamó a la evidencia presentada por LaFeber “asombrosamente Hobsoniana si no Leninista”) y, no menos importantes, la investigación exhaustiva de LaFeber y su rigor disciplinario hicieron de *The New Empire* un reto singularmente poderoso y difícil de evadir para el pensamiento liberal que domina la historiografía de los Estados Unidos<sup>3</sup>.

Sin embargo *The New Empire* tiene sus debilidades. Muchas de ellas son típicas de la historiografía estadounidense en general, y los estudios producidos durante la era de la Guerra Fría en particular. Como se dijo antes, ignora la teoría y rehuye todo esfuerzo

1. La Guerra de 1898 entre España y los Estados Unidos (Nota del Editor).
2. Desafortunadamente, los latinoamericanistas están más familiarizados con otra obra de LaFeber acerca de los Estados Unidos y Latinoamérica, *Inevitable Revolutions* (Nueva York, 1983), que con *The New Empire*. Sin embargo, en términos del poder analítico y conceptual, y del alcance y calidad de la investigación, *The New Empire* supera con creces a la otra obra, cuya reputación depende más de la importancia actual de su temario, la crisis en América Central, que de la calidad de su contenido. También parece que para una generación reciente de académicos estadounidenses, especialmente de historiadores sociales, hay más probabilidad de que conozcan *Inevitable Revolutions* que *The New Empire*. Por ejemplo, *Inevitable Revolutions* con su problemática del siglo XX, y *The New Empire* se cita dentro de las fuentes para finales del siglo XIX en un nuevo texto de historia de los Estados Unidos centrado alrededor del trabajo, *Who Built America?* (Nueva York, 1992, Vol. II, p. 680). Este libro y sus fuentes se analizarán en detalle más adelante.
3. LaFeber reconoce abiertamente su deuda con Williams y otros colegas de la Universidad de Wisconsin en una declaración que aparece al final del libro: “No me importaría reconocer públicamente todas las ideas que he tomado de ellos” (p. 428). Sin embargo, el libro de LaFeber se distingue del trabajo de Williams

para ubicarse en el contexto de las teorías del imperialismo. Es también políticamente ambiguo. Leído superficialmente, puede tomarse como una defensa, más que como una crítica del expansionismo de los Estados Unidos. La ambigüedad se debe en parte a la naturaleza de la literatura que sobre el tema precedió el trabajo de LaFeber. Esa literatura afirmaba que los hombres de negocios se opusieron a la guerra de 1898, y explicaba la guerra como un "accidente", el resultado de los fracasos de un presidente débil, McKinley, quien se vio empujado a la guerra por una "prensa amarillista" y por la irresponsable opinión pública<sup>4</sup>. Mientras que LaFeber socava resueltamente estas interpretaciones, parece a veces celebrar la inteligencia y la visión de los expansionistas. Él muestra que la guerra fue el resultado lógico de un consenso construido por décadas y compartido por líderes influyentes en los negocios, en el gobierno, en la religión y en los círculos académicos. Todos estaban de acuerdo con la necesidad vital de extender los mercados para preservar un sistema doméstico económico, social, político y cultural, el cual creían estaba seriamente amenazado por fuerzas sociales que se escapaban de su control.

La cautela con la que LaFeber enmarcó su argumento y definió sus términos en *The New Empire* refleja el clima represivo de la Guerra Fría. "No he empleado el... término (imperialismo), puesto que las connotaciones que se le dan en la Guerra Fría le quitan casi todo significado" (p. viii). Ese mismo legado y la determinación de LaFeber por demostrar que la guerra de 1898 fue un producto consciente del liderazgo de la nación, podría también ayudar a explicar su curiosa necesidad de destacar su admiración por

en varios aspectos importantes. El trabajo de LaFeber se concentra exclusivamente en el período de finales del siglo XIX, que culminó con la guerra de 1898, mientras que Williams desarrolló una interpretación más amplia del expansionismo de los Estados Unidos, la cual trataba de explicar en esencia toda la historia del país desde su independencia. Al igual que Hobson y Lenin, LaFeber entrelazó sistemáticamente su explicación con los factores económicos entendiendo la orientación hacia los mercados extranjeros como el paralelo diplomático de la maduración de la industria de los Estados Unidos. Williams, sin ignorar ese tema, se centró más en la historia de las ideas de la expansión, la cual ilustra sobre toda la experiencia nacional. Finalmente, mientras que LaFeber se mostró compulsivo en su anhelo en documentar exhaustivamente su argumento, Williams, en su forma característica, se mostró más despreocupado acerca de los cánones profesionales de la disciplina, una actitud que él explica demasiado acriticamente en su libro *Contours of American History* (Cleveland, 1961), el cual, al igual que *The Tragedy of American Diplomacy*, no contiene notas que citan sus fuentes. Anota Williams que "tanto las notas de pie de página como una completa bibliografía serían, para un libro de esta naturaleza, un mal chiste para cualquier interesado... La fuente de una sola cita no significa prácticamente nada, a menos que también sea reproducido todo el contexto de los documentos relacionados y el proceso de reflexión. Por tanto, si el lector confía o acepta al autor debido al hecho de mencionar la fuente de tal cita, en realidad no tiene base para desconfiar de él porque ese documento no sea nombrado. La historia no es simplemente el total aritmético de las notas de pie de página" (p. 491). ¿Pero qué pasa si uno no confía en el autor, si uno no considera que la cita sea exacta, o más comúnmente, si uno sospecha que el autor ha distorsionado el contexto al que Williams se refiere? Ese problema va directo al núcleo metodológico de la disciplina misma, lo cual explica por qué historiadores

los imperialistas cuyos pensamientos y acciones él analiza de manera brillante.

Encuentro que ambos, los hombres de negocios y los políticos de esta era, fueron hombres responsables y conscientes quienes aceptaron las realidades económicas y sociales de su tiempo, entendieron los problemas domésticos y externos, debatieron los asuntos vigorosamente, y especialmente no sintieron temor de aventurarse por nuevos e inexplorados caminos con el objeto de crear lo que ellos sinceramente esperaban sería una nación y un mundo mejor<sup>5</sup>. (p. ix)

Y concluye su Prefacio: "Digo todo esto, sin embargo, no para negar que las decisiones de estos hombres provocaron consecuencias desafortunadas para sus descendientes del siglo XX". (p. ix).

El clima de los tiempos podría ayudar también a explicar el enfoque de sus revisiones cuando reorganizó y amplió la disertación que había completado en 1959. La disertación era un estudio detallado acerca de la historia diplomática titulada de manera prosaica "La política latinoamericana de la segunda administración Cleveland". Al revisarla, él decidió agregar más capítulos sobre las tendencias económicas y el pensamiento de las élites. No quiso centrarse en las fuerzas sociales acerca de las cuales —como lo muestra tan claramente su análisis— estas élites pensaron tanto: el reto democrático popular de los traba-

profesionales que no estuvieron de acuerdo con Williams o no gustaron de sus interpretaciones radicales, pudieron desechar tan fácilmente su trabajo. Con LaFeber, sin embargo, no pudieron acudir a esa estrategia. Yo analizo la importancia metodológica de citar las fuentes en la construcción de una historia democrática, en "En el nombre de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia Doble de la Costa*, de Orlando Fals Borda", *Huellas* 26 (1989); pp. 40-56. El crítico citado en el texto es Norton Rothstein, en el *Journal of Economic History*, 25:1 (marzo de 1965), pp. 160-61.

4. Esta visión tradicional, que en efecto culpó al pueblo estadounidense por el advenimiento del imperialismo, fue fuertemente promovida durante las décadas de 1930 y 1940 en los trabajos clásicos del decano de los historiadores de la diplomacia estadounidense, Samuel Flagg Bemis. Bemis consideró el "corto y benevolente" período del imperialismo, emprendido en 1898 como una "gran aberración". Véase el prefacio y el capítulo VIII de *The Latin American Policy of the United States* (Nueva York, 1950, tercera edición, pp. 463-75). En cuanto al argumento de que los hombres de negocios en los Estados Unidos se oponían a la guerra, Bemis dependía para ello del influyente estudio de Julius W. Pratt, *The Expansionists of 1898* (Baltimore, 1936). Estas visiones dominaron las interpretaciones estadounidenses sobre los orígenes de la guerra de 1898 a todo lo largo de las décadas de 1940 y 1950 y siguieron sin cuestionarse en un nuevo estudio del ascenso de los Estados Unidos hacia el estatus de gran poder escrito por Ernest R. May al principio de la década de 1960, *Imperial Democracy* (Nueva York, 1961).
5. En *The New Empire* LaFeber prestó mucha atención a la tesis de Pratt, mostrando, entre otras cosas, como el presidente McKinley sentía una profunda simpatía por los objetivos expansionistas de una nueva y poderosa organización de industriales, la *National Association of Manufacturers*, y demostrando cómo muchos hombres de negocios que inicialmente se opusieron a la guerra lo hicieron principalmente por miedo a que el conflicto pudiera ahogar la incipiente recuperación económica después de la severa depresión de mediados de la década de 1890. LaFeber documentó como en las semanas inmediatamente anteriores a la declaración de guerra contra España, algunos elementos influyentes de la gran empresa se apartaron de esta po-

jadores rurales y urbanos, el cual se expandió a fines del siglo XIX y culminó durante la severa depresión a mediados de la década de 1890. El hecho de que esta movilización dramática de la gente trabajadora estaba muy clara en la mente del estudiante LaFeber se hace evidente en el epigrama que él escogió para comenzar su disertación. Se trata de una declaración del historiador H. Von Holst acerca de la crisis enfrentada por los Estados Unidos luego de la sangrienta represión de la gran huelga ferroviaria Pullman de 1894.



Es inmensa la responsabilidad que recae sobre este pueblo, no sólo por nosotros mismos y por nuestra posteridad, sino por toda la humanidad. Nunca antes las condiciones han sido tan favorables para hacer del gobierno democrático un éxito permanente; nunca más pueden ser tan favorables. Si fracasamos ahora, después de lo que quienes nos precedieron lograron y nos legaron como una herencia invaluable, quedaremos para la historia como el pueblo más profundamente marcado, puesto que nuestra culpa será mayor que la de cualquier nación que haya pisado la tierra<sup>6</sup>.

Este epigrama no aparece en *The New Empire*. También falta allí la claridad con la que LaFeber conceptualizó la dimensión social popular de su argumento al comienzo de su disertación. Allí destacó cómo los miedos de la élite sobre el "peligro" y la "amenaza" representada por el surgimiento del radicalismo rural y urbano llevó a los políticos hacia un camino expansionista (pp. viii-ix).

Sin embargo, el motor social de la expansión imperialista se vuelve omnipresente en *The New Empire*, aunque rara vez aparece por derecho propio. Está ausente la historia de las organizaciones como la Alianza de Agricultores (*Farmer's Alliance*), los Caballeros del Trabajo (*Knights of Labor*), la Federación Americana del Trabajo (*American Federation of Labor*). Faltan los relatos de las huelgas masivas y sangrientas de esta era: la gran huelga ferroviaria de 1877, *Haymarket*, *Homestead*, las tremendas huelgas

nacionales de mineros y trabajadores ferroviarios en 1894. Las visiones democráticas radicales de una sociedad alternativa elaboradas por trabajadores rurales y urbanos durante las décadas de 1880 y 1890, sus detallados esquemas para la reforma fundamental o la transformación democrática de la sociedad estadounidense, no tienen lugar en el tratamiento de LaFeber. Sin embargo, una fantasmagórica amenaza social popular permea todo el trabajo. Aparece tergiversada en las percepciones de los hombres de negocios, hombres de Estado e intelectuales a quienes LaFeber cita continuamente. A través de los pensamientos de esta élite de poder, LaFeber establece efectivamente los vínculos entre sus preocupaciones y miedos de clase, las depresiones económicas crónicas y la movilización popular que define el último cuarto del siglo XIX, especialmente la década de 1890.

Dentro de estos límites, el trabajo de LaFeber es una contribución extraordinaria a la historiografía estadounidense. Traza las líneas generales de la maduración de la economía industrial de los Estados Unidos durante el ciclo de veinticinco años de intermitente depresión que comenzó con la Gran Depresión de 1873-78 y terminó con la de 1893-97. Describe el destino de las exportaciones agrícolas durante el mismo periodo, mostrando la dramática disminución en el precio de los principales productos, especialmente del trigo, y el concomitante aumento en el valor de las exportaciones de manufacturas, las cuales constituían cerca de un tercio de todas las exportaciones al final del periodo. Esa última tendencia, afirma LaFeber, junto con la creciente creencia de que la economía de los Estados Unidos estaba produciendo más de lo que podía consumir o exportar, llevó a un acuerdo cada vez mayor acerca de la necesidad de nuevos mercados. Estos habrían de encontrarse no en primera instancia en Europa, donde la competencia por vender una cantidad en aumento de bienes industriales era fuerte, sino en Latinoamérica —y luego en Asia— donde los principales renglones agrícolas como el trigo, y especialmente los bienes manufacturados, encontrarían millones de consumidores.

LaFeber vinculó su análisis de la tendencia hacia la expansión con el impacto psicológico que tuvo el cierre oficial de la frontera occidental, el cual fue (prematuramente) anunciado por la Oficina del Censo de los Estados Unidos en 1890. Por tanto él fue capaz, en uno de sus capítulos más importantes, de incorporar en su argumento el pensamiento del más célebre de los historiadores estadounidenses, Frederick Jackson Turner. Al hablar en la Feria Mundial en Chicago en 1893, Turner expuso la interpretación más influyente jamás desarrollada acerca de la historia de los Estados Unidos, la llamada "Tesis de frontera". Turner sostuvo

sición, esperando que la guerra terminaría con la crónica "incertidumbre" generada por la situación en Cuba. Véase su capítulo VIII, "Approach to War", pp. 326-406. Aparentemente Pratt aceptó la arremetida del argumento de LaFeber; alabó el logro de LaFeber en una reseña positiva (*Pacific Historical Review* 33:3 [agosto de 1964], pp. 360-62). En esta reseña, Pratt criticó a LaFeber únicamente por no haber podido señalar "la manera perfecta en que el pensamiento económico (descrito en la obra) encajaba en la teoría marxista", y por no haber hecho en el interés humanitario como causa de la intervención de los Estados Unidos en Cuba. LaFeber sólo se refiere de modo tangencial al libro de Ernest May, *Imperial Democracy*, en *The New Empire*, pero en la reseña del segundo libro de May sobre el mismo tema, *American Imperialism* (Nueva York, 1968), lo reprueba por haber "descontaminado" al imperialismo estadounidense al reducir el periodo de quince años (1898-1913), catalogado tradicionalmente como imperialista por los académicos estadounidenses, a un breve periodo de 'directa adquisición territorial'. Como lo expresó LaFeber, "después de tres décadas de estudios, ahora lo hemos reducido a dos meses". LaFeber también atacó la forma como May coloca al imperialismo como "una mera manifestación de la opinión pública, no como el resultado de una política de gobierno". La reseña apareció en *Book World*, 2:36 (septiembre 8, 1968).

6. Walter Frederick LaFeber, *The Latin American Policy of the Second Cleveland Administration*, tesis de Ph.D. sin publicar, Universidad de Wisconsin, 1959, p. ii.

que el individualismo norteamericano, las instituciones políticas del país y el carácter nacional —en una palabra, el singular destino democrático del país— descansaban en el poder económico generado por la expansión a lo largo y ancho de la tierra libre en la frontera. Ahora que la frontera había desaparecido, ¿qué sería de estas singulares instituciones y cualidades? Aquí estaba el meollo de la cuestión, la idea de que todo el “sistema americano” estaba en riesgo y que para preservarlo era necesaria la expansión.

Pero LaFeber no estaba satisfecho con la demostración de las implicaciones de la tesis de Turner. Él fue más allá para mostrar que, tan temprano como en 1891, Turner era consciente de la “sorprendente nueva panacea” que representaba el expansionismo comercial, el cual sería la marca, el sello de un “nuevo imperio”, en el que la ventaja económica, una nueva frontera, podría obtenerse sin las cargas del colonialismo formal. En el escrito de Turner “El significado de la historia”, LaFeber encontró una afirmación que, tal como la interpretó, “ofrecía a los historiadores el hilo de Ariadna para develar la política exterior norteamericana posterior a 1890”:

Una vez completamente a flote en el mar de los intereses económicos mundiales desarrollaremos pronto intereses políticos... Tal vez lo más importante sean nuestras relaciones presentes y futuras con Sur América, junto con nuestra Doctrina Monroe. Es una máxima establecida en la ley internacional que el gobierno de un estado extranjero cuyos sujetos hayan prestado dinero a otro estado podría interferir para proteger los derechos de los tenedores de bonos, si éstos son puestos en peligro por el estado prestatario.

“Es difícil darle demasiado énfasis al significado de esta afirmación”, concluyó LaFeber, “y no es necesario darle mayor elaboración” (pp. 69-70).

Los orígenes sociales del expansionismo estadounidense se encontraban implícitos en la tesis de frontera de Turner, y explícitos en las citas que LaFeber presenta de los gobernantes, hombres de negocios y prominentes intelectuales. La evidencia de LaFeber demostró los miedos de la clase de la élite económica, aunque el peso de sus análisis recayó en los intelectuales, los políticos y los diplomáticos, quienes colocaron esos miedos de manera sistemática y ofrecieron el esquema para el expansionismo de los Estados Unidos. Él recogió su evidencia en publicaciones de negocios, en revistas literarias y en periódicos grandes y pequeños. Analizó los escritos de Alfred Mahan, Brooks Adams y Josiah Strong. Examinó los archivos diplomáticos de un grupo de poderosos secretarios de Estado incluyendo a Blaine, Gresham y Olney, para mostrar cómo las ventajas en el mercado se convirtieron en el objetivo más importante de la política exterior de los Estados Unidos en la última parte del siglo XIX.

Esta primera sección del libro, cuya mayor parte fue agregada después de completar la disertación, establece estos amplios desarrollos económicos, intelectuales y estratégicos. La mayor parte del resto del libro (la propia disertación original) está dedicada

a los estudios de caso de la política de los Estados Unidos en Latinoamérica durante la década de 1890. LaFeber se concentra en la política frente a la revolución chilena de 1891, a la revolución brasileña de 1894, a la crisis de límites venezolana de 1895-96, y finalmente, frente a la crisis cubana que llevó a los Estados Unidos a la guerra con España en 1898. Esta historia diplomática no resulta muy atractiva para los historiadores latinoamericanos porque omite por completo las fuentes latinoamericanas y no analiza adecuadamente las dimensiones internas latinoamericanas de los eventos que LaFeber describe. Pero para los propósitos de LaFeber estos estudios de caso funcionan admirablemente, aunque de un modo un poco monótono, para probar que la política de los Estados Unidos buscó consciente, consistente y despiadadamente mercados, mercados, mercados. Para LaFeber entonces, “1898”, el advenimiento de una política formal de imperialismo, fue simplemente el resultado lógico, la conclusión prevista de un proceso que llevó a los líderes en los negocios, la política y la academia de los Estados Unidos a un consenso acerca de la mejor manera de preservar el *statu quo* social.

## II

*The New Empire* impresionó tanto como muestra de un trabajo de investigación histórica que la American Historical Association le otorgó el prestigioso Premio Beveridge y financió su publicación en 1963. Sin embargo, a pesar de toda su aparente eminencia entre los historiadores de los Estados Unidos, la interpretación de *The New Empire* de los orígenes del imperialismo estadounidense no se ha convertido en la interpretación dominante en la literatura, un hecho que se revela en el tratamiento dado al tema en los textos de historia de los Estados Unidos diseñados para universitarios hoy en día. Yo inspeccioné tres de estos textos, que creo son representativos: *America: A Narrative History* (Nueva York, 1984; las referencias que siguen corresponden a la segunda edición de 1988), de George Brown Tindall; *America: Past and Present* (Glenview, Illinois, 1984), de Robert A. Devine, T. H. Breen, George M. Frederickson, y R. Hal Williams; y *A People and a Nation: A History of the United States* (Boston, 1986; las referencias son a la segunda edición, sin fecha), de Mary Beth Norton, David Katzman, Paul D. Escott, Howard Chudacoff, Thomas G. Paterson, y William M. Tuttle, Jr.

Estos trabajos están todos dentro de la corriente liberal dominante de los estudios históricos en los Estados Unidos. Sin embargo, representan ciertas diferencias en cuanto a estilo e interpretación dentro de esta tradición. El texto de Tindall es el más tradicional en cuanto a su estilo —básicamente es historia política narrativa— y es también de los tres el más conservador en un sentido político. Por ejemplo, abarca la historia laboral del siglo XIX bajo el título “Avances en el mundo del trabajo”, y con respecto a las causas de la guerra de 1898 enfatiza la conclusión pre-LaFeber de que la “culpa final por la guerra, si es que tiene que imponerse una culpa, le pertene-

ce al pueblo norteamericano por haberse dejado fustigar hacia tal hostilidad frenética" (p. 914).

El segundo texto, *America: Past and Present* es, en palabras de sus autores, "una fusión de lo tradicional y de lo nuevo". Combina la narrativa política tradicional con un énfasis en la manera como los eventos afectaron a los individuos escogidos para representar a lo que los autores llaman "los ciudadanos comunes". El libro refuerza continuamente lo positivo: la construcción, durante las últimas décadas del siglo XIX, de un "sistema económico increíblemente productivo", los intentos a comienzos del siglo XX "por infundir al orden industrial la justicia social", "el poder de recuperación" del "orden americano", puesto a prueba por la Gran Depresión de este siglo, y así sucesivamente. El libro dedica considerable atención a las minorías, especialmente la afroamericana, y a las mujeres. Su sección acerca de la guerra de 1898, por ejemplo, enfatiza el valor de los soldados negros cuya acción determinó, tal vez, el resultado victorioso de la crucial batalla de San Juan Hill y destaca el prejuicio racial que estas tropas experimentaron a manos de sus compatriotas.

Una aproximación similar se hace manifiesta en el tercer texto, el único que en su título utiliza el término "Estados Unidos" en remplazo del etnocéntrico "América" para referirse a ese país. Influidos por las preocupaciones de la nueva historia social, *A People and a Nation* llama la atención sobre los individuos "comunes" (incluyendo "el obrero de fábrica, el esclavo, la secretaria de oficina, el mercader local, el pequeño agricultor") integrándolos a la narrativa política tradicional. Al igual que el texto anterior, expresa simpatía por las víctimas de la explotación y del prejuicio, especialmente por las mujeres y las minorías étnicas. De los tres textos, cuyas diferencias no deberían exagerarse puesto que comparten una fe liberal común en el progreso democrático de la nación, *A People and a Nation* adopta la visión más crítica y la menos optimista de la marcha de la historia de los Estados Unidos. Esta es una cualidad, ilustrada sutilmente en los títulos de los capítulos que cada uno da a la época del surgimiento del imperialismo estadounidense. Para Tindall es "el camino del imperio", para Devine y compañía es "hacia el imperio", pero para Norton et al se trata de "la búsqueda del imperio".

Todos los textos citan a *The New Empire* de LaFeber en sus sugerencias de las lecturas complementarias, y todos, en un sentido, incorporan su análisis, destacando, en los capítulos antes citados, la búsqueda de mercados en el proceso diplomático que se desarrolla por décadas y culmina con la guerra de 1898. En el sentido más crítico, sin embargo, ninguno de los trabajos confronta de lleno la tesis de LaFeber, la cual, tal como hemos visto, coloca el expansionismo de los Estados Unidos explícitamente dentro del contexto de los desarrollos económicos, sobre todo de las depresiones crónicas de la última parte del siglo XIX, e implícitamente, al considerar las preocupaciones de clase de las élites, dentro del contexto de la movilización social popular.

No es que los asuntos económicos y los disturbios laborales y agrarios no se tengan en cuenta en estos textos. En consonancia con su naturaleza comprensiva hay un tratamiento detallado y un análisis útil de cada uno de estos temas. Pero éstos se abordan en otros capítulos y son por tanto efectivamente *desligados* de la historia de los orígenes del imperialismo estadounidense. La historia laboral urbana está referida en los capítulos que tienen que ver con el surgimiento de la industria. Separada de la historia laboral, y con frecuencia abordada en los capítulos referentes al debate sobre la moneda y los aranceles, es donde se encuentra la historia de los disturbios agrarios y la movilización populista. Finalmente, ninguno de los textos se pronuncia sobre el vínculo establecido por LaFeber entre la expansión de los Estados Unidos y las tendencias intelectuales, en particular su dispendioso análisis de la relación entre la más famosa interpretación de la historia de los Estados Unidos, la tesis de Turner, y la arremetida imperial de 1898.

BIBLIOTECA CENTRAL  
SALA UNIVERSIDAD NACIONAL



El hecho de que los autores de los textos liberales no confronten la contribución de LaFeber es desconcertante. Después de todo, su tarea profesional es ofrecer a sus lectores una síntesis justa de los mejores estudios en el campo de la historia estadounidense. Sin embargo, esto no resulta sorprendente. Incorporar por completo la tesis de LaFeber socavaría no sólo el mensaje ideológico y político de estos textos, sino también el marco conceptual y el esquema de periodización de la historiografía liberal estadounidense. Aceptar por completo la tesis de LaFeber haría del lanzamiento del "nuevo imperio" en 1898 la gran línea divisoria de la post-guerra civil de la historia de los Estados Unidos.

Más desconcertante, sin embargo, y mucho más sorprendente, es el fracaso paralelo de importantes y recientes contribuciones a la historia laboral y agraria de los Estados Unidos para considerar los orígenes del imperialismo estadounidense. Doblemente desconcertante, podría decirse, porque estos trabajos, al reflejar el mayor pluralismo en la historiografía de los Estados Unidos desde los días en que el joven y valeroso Walter LaFeber escribió *The New Empire*, parten de las tradiciones liberales dominantes y trabajan con presupuestos marxistas o radicales. Tres de estos trabajos se consideran aquí, cada uno abordando una faceta central de la historia que estamos examinando. Son los libros de Lawrence Goodwyn, *Democratic Promise: The Populist Moment in America* (Nueva York, 1976), de David Montgomery, *Workers' Control in America* (Cambridge, Inglaterra, 1979), y el de David M. Gordon, Richard Edwards, y Michael Reich, *Segmented Work, Divided Workers* (Cambridge, Inglaterra, 1979). Los primeros dos son ampliamente reconocidos como grandes contribuciones a la historia social de los Estados Unidos. El tercero, escrito por científicos sociales, desarrolla un esquema para la historia económica y laboral estadounidense en los siglos XIX y XX, el cual aporta herramientas

conceptuales importantes para el análisis de los orígenes sociales del imperialismo. Que así sea resulta irónico, porque, al igual que los libros de Goodwyn y Montgomery, el estudio de Gordon *et al* ignora totalmente el corolario imperialista de su propio argumento revisionista.

El libro de Goodwyn es una reinterpretación importante del movimiento popular más grande en la historia de los Estados Unidos. Cuestiona tanto el estudio clásico sobre el movimiento populista de John D. Hicks, *The Populist Revolt* (1931), el cual vió en el movimiento un presagio de las reformas liberales del siglo XX, como el estudio de Richard Hofstadter, *The Age of Reform* (1955), el cual cataloga a dicho movimiento como una fuerza reaccionaria. Goodwyn demuestra el carácter cooperativo del movimiento, su programa radical, su potencial democrático. Al leer este libro puede apreciarse muy bien cómo las élites de LaFeber debieron estremecerse ante el prospecto del aumento del poder populista. El más grande logro de Goodwyn es mostrar cómo el movimiento, mantenido por una cultura democrática cooperativa, unió a millones de trabajadores rurales por encima de divisiones étnicas, regionales, políticas, y —no menos importantes— de clase. Las alianzas de agricultores (*Farmers' Alliances*) reunieron a pequeños propietarios rurales, aparceros y jornaleros, con trabajadores ferroviarios e incluso algunos trabajadores urbanos; a negros con blancos; a sureños con norteños; a los alguna vez demócratas con antiguos republicanos, en una cruzada civil radical en contra del poder de los dueños de ferrocarriles, los banqueros, y los comerciantes y en contra del sistema político mismo. No obstante, Goodwyn, quien experimenta una profunda simpatía hacia los populistas, y ve en su movimiento lecciones importantes para quienes constituirían una política democrática nacional hoy en día, pasa por alto los vínculos entre la movilización agraria radical y la resolución de la crisis nacional por medio del imperialismo. El veterano populista Tom Watson, quien ayudó a liderar el poderoso movimiento agrario bi-racial en el Sur y quien fue el candidato vicepresidencial populista en 1896, captó este vínculo muy claramente. “La guerra contra España nos acabó”, diría más tarde Watson, “el sonido de la corneta ahogó la voz del reformador”<sup>7</sup>. Goodwyn, en cambio, guarda absoluto silencio acerca del asunto del imperialismo.

La obra seminal de David Montgomery demuestra elocuentemente la transcendencia de la lucha de los trabajadores por ejercer el control sobre el proceso de trabajo en la industria manufacturera estadounidense. Esa lucha es una de las bases del violento conflicto laboral de las décadas de 1880 y 1890 y, según Montgomery, conforma el *leitmotif* del conflicto industrial en los Estados Unidos hasta la mitad del presente siglo. Montgomery documenta el carácter de solidaridad que impregna al movimiento laboral estadounidense a fines del siglo XIX, una cualidad que demostró ser explosiva cuando se tradujo en las huelgas de solidaridad que fueron la marca de la dé-

cada de 1890. Montgomery, por tanto, aporta rica evidencia histórica para respaldar los planteamientos teóricos marxistas de Harry Braverman sobre la importancia del control sobre el proceso de trabajo y la degradación del trabajo bajo el capitalismo, tendencias comúnmente asociadas con las doctrinas científicas de administración de Frederick Taylor<sup>8</sup>. Sin embargo, Montgomery, al igual que Goodwyn, ignora totalmente el vínculo entre la historia social que relata y los orígenes del expansionismo estadounidense.

El tercer libro, un estudio hecho en colaboración por tres economistas marxistas, se propone vincular las etapas en la evolución de la economía de los Estados Unidos desde comienzos de la industrialización en el temprano siglo XIX hasta el presente, con desarrollos paralelos en los mercados laborales y en el proceso laboral. Es de particular interés para los autores la conexión entre las famosas “ondas largas” de la expansión capitalista en la economía mundial, periodos de más o menos cincuenta años de crecimiento y contracción, y lo que ellos llaman “estructuras de acumulación” en el interior de estas ondas. Con ese término significan las condiciones, ampliamente concebidas, bajo las que los capitalistas son inducidos a invertir y por tanto a extender la producción durante largos periodos, de acuerdo con la teoría de la onda larga, más o menos un periodo de veinticinco años. Las estructuras de acumulación incluyen por tanto leyes bancarias y monetarias, las políticas e instituciones financieras del gobierno y, lo más importante, las formas del proceso laboral y de la organización y resistencia de los trabajadores. Una sección grande del libro trata el periodo de veinticinco años en la onda larga que coincide con la maduración de la economía industrial de los Estados Unidos y con la protesta masiva de los trabajadores y sus esfuerzos organizacionales en las décadas de 1870, 1880 y 1890. Este es el periodo de depresiones crónicas entre 1873 y 1898 que forma el fundamento conceptual del argumento de LaFeber, ayuda a explicar la movilización agraria descrita por Goodwyn y promueve la explosiva protesta laboral analizada por Montgomery.

Gordon, Edwards y Reich definen este periodo como de crisis económica e incertidumbre, en la que tanto los trabajadores como los capitalistas luchan por crear nuevas formas institucionales y organizacionales capaces de convertir la crisis en una ventaja para su propia clase. Mejor conocida dentro de las iniciativas de los capitalistas es la concentración del capital en enormes oligopolios conocidos en los Estados Unidos como *trusts*. Este proceso, identificado y documentado por Lenin, tuvo lugar a lo largo y ancho del mundo industrializado y llevó, según su influyente teoría del imperialismo, a una exportación masiva de capital hacia regiones menos desarrolladas, a la lucha por las colonias y, por último, a la guerra entre bloques de naciones capitalistas por una redivisión de la influencia y de los territorios en todo el mundo. Gordon *et al* mencionan este proceso de concentración económica pero centran su análisis en el esfuer-

zo concertado de los capitalistas para disminuir los costos laborales y aumentar la producción al quebrantar el control que tienen los trabajadores calificados sobre el proceso laboral.

Gordon *et al* buscan a través de los libros de historia la evidencia para documentar este modelo teórico del cambio económico, pero no logran ver cómo la lucha que ellos definen podría ayudar a entender algunas de las grandes preguntas en la historia laboral de este periodo. Podría ayudar a explicar, por ejemplo, el enigma en la literatura que rodea el meteórico surgimiento y derrumbé de los *Knights of Labor*, movimiento que organizó a millones de trabajadores calificados y no calificados, en una visión común de una sociedad democrática de productores en la década de 1880. Podría favorecer el entendimiento de las causas de la resistencia violenta de los trabajadores frente a los esfuerzos capitalistas por reestructurar la producción en industrias como la del acero, como en la gran huelga en Homestead en 1892. Podría ubicar en un contexto teórico la emergencia de iniciativas laborales innovadoras, como la huelga de solidaridad documentada en estudios como el de Montgomery. Todas estas iniciativas organizacionales y tácticas de los trabajadores se enfrentaron con una severa represión privada y pública, y con contraestrategias efectivas por parte de los capitalistas y el Estado, tales como el uso de órdenes de los tribunales en contra de las huelgas de solidaridad. Enfrentados a esta represiva realidad, muchos trabajadores calificados se volcaron hacia un sindicalismo más moderando y restringido, incorporado en la *American Federation of Labor*, cuyas fortunas empezaron a surgir en la década de 1890.

El marco de trabajo de Gordon *et al* también tiene mucho que ofrecer a los estudiantes de los conflictos agrarios. Ayuda a conceptualizar el periodo de la deflación en los Estados Unidos y el mundo durante el cuarto de siglo posterior a 1873. Puede ayudar a vincular teóricamente el debate acerca de los aranceles y la moneda y explicar el rol central que desempeñan los populistas en esas luchas.

Extraño como parece, sin embargo, el asunto de la expansión externa no forma parte del análisis de Gordon *et al* acerca del diseño de una nueva estructura de acumulación durante la última parte del siglo XIX. La palabra *imperialismo* no figura en el índice; LaFeber se encuentra ausente de la bibliografía. Sin embargo, la avanzada imperialista de 1898 coincide con el final de un cuarto de siglo de incertidumbre económica y con el comienzo de la siguiente onda larga de expansión capitalista global, la que provocará un gran estallido de inversiones estadounidenses en América Latina, la separación de Panamá, la construcción del canal, y los inicios de la consolidación de un colonialismo informal ejercido por los Estados Unidos sobre toda Latinoamérica en este siglo. Coincide, en una palabra, con el advenimiento del nuevo imperio de LaFeber, controlado a través de mecanismos económicos y políticos informales y no — para la mayor parte— a través de la adquisición formal de colonias.

## IV

¿Cómo podría uno explicarse la reticencia cada vez mayor de los académicos estadounidenses a reconocer los orígenes sociales de este proceso imperialista? ¿Y cuáles son las implicaciones intelectuales y políticas de asumir lo que parecería, por lo menos a un latinoamericanista, un paso tan simple, lógico e intelectualmente honesto?

Podría decirse que hacer eso resultaría ahistorico, que la amenaza social democrática al sistema no era tan grande o radical, o que había llegado a su punto máximo antes, o que ya había sido resuelta a mediados de la década de 1890, y por tanto no se le puede atribuir los orígenes del imperialismo. Esta sería probablemente la posición asumida por los autores de los textos liberales que he descrito. Pero el problema es otro. Sea como fuera que uno sopesé el alcance, la intensidad y el ritmo de la movilización popular de los trabajadores rurales y urbanos —cualidades que los recientes estudios de Goodwyn y Montgomery tienden claramente a recargarse del lado de la amenaza real, en comparación con los trabajos anteriores— el asunto bajo consideración es la *percepción* que de esa amenaza tienen los sectores sociales privilegiados. LaFeber, de manera persuasiva, documenta esas percepciones de amenaza. Para confrontar su trabajo, y la evidencia de estudios recientes acerca de la movilización de trabajadores que pueda apoyar y ampliar la tesis de LaFeber, los historiadores necesitan refutar el análisis de LaFeber acerca de tales percepciones y explicar, de alguna manera, los vínculos que él establece entre esas percepciones elitistas y la acción imperialista.

Con respecto a los recientes estudios mencionados, los cuales como he señalado, están basados en presupuestos radicales y marxistas, mas no liberales, podría decirse que para Goodwyn y Montgomery la lucha social, y no la expansión imperialista, es su objeto de estudio. El problema aquí es que el asunto del imperialismo se halla estrechamente interconectado con esa lucha social, incluyendo su eventual resolución, que poco favorece el proyecto original democrático de los trabajadores.

A pesar de toda su militancia y creciente poder organizacional durante las dos primeras décadas de este siglo, el movimiento laboral estadounidense se deshizo en la década de 1920. David Montgomery se propuso explicar este resultado en un segundo libro, *The Fall of the House of Labor* (Cambridge, Inglaterra, 1987). Al igual que en el libro *Workers' Control...*, cuyos temas e investigación él incorpora, *The Fall...* aborda el creciente poder del movimiento obrero en la década de 1890 y en las primeras dos décadas de este siglo, y su colapso en los años 20, sin mencionar el impacto del imperialismo. Tampoco aborda de manera sistemática las implicaciones que tiene para el movimiento obrero la tremenda expansión de la industria norteamericana durante las dos primeras décadas de este siglo, una tendencia que coincide con el expansionismo externo. ¿Qué significa este proceso dual en términos del mejoramiento a largo plazo

de los "tiempos duros", del aumento de los salarios reales y del consumo, del incremento de la militancia laboral y del éxito organizacional? ¿Qué implica esto para las actitudes de las clases trabajadoras y medias hacia las personas no blancas en sociedades subdesarrolladas, en su percepción de su propia nación y del mismo sistema capitalista?<sup>9</sup>. Los lectores interesados en ver cómo el advenimiento del imperialismo y la rápida expansión de la economía afecta los temas privilegiados por Montgomery, tales como la masiva inmigración extranjera, las divisiones étnicas en el movimiento laboral, el fracaso de los socialistas en su intento de capturar la *American Federation of Labor*, el rol creciente y finalmente represivo del Estado, quedarán desilusionados.

Un estudioso de la historia laboral estadounidense que sí se refiere al asunto del imperialismo es Philip Foner. Este autor ha hecho una gran contribución al estudio de los orígenes de la guerra de 1898 en un libro que subraya la importancia de las preocupaciones raciales y de clase de quienes trazan las políticas en los Estados Unidos al contemplar la naturaleza cada vez más radical del movimiento independentista cubano (*The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism*, 2 volúmenes, Nueva York, 1972). Además, Foner ha editado en compañía de Richard C. Winchester el libro *The Anti-Imperialist Reader* (Nueva York, 1984), cuyo primer volumen abarca el periodo comprendido desde la guerra con México hasta las elecciones de 1900 e incluye las reacciones de los trabajadores organizados, de los líderes socialistas y de los afroamericanos con relación al imperialismo estadounidense. Foner ha publicado recientemente el primer volumen de su estudio, *The U.S. Labor Movement and Latin America* (South Hadley, Massachusetts, 1988), el cual demuestra lo superficial y oportunista que fue la postura en relación al imperialismo asumida por la mayoría de los sectores del movimiento laboral estadounidense después de 1898. Aunque Foner conoce el libro de LaFeber y el lugar que éste ocupa en la literatura sobre los orígenes de la expansión imperial, él interpreta su tesis del mismo modo como lo hacen los textos liberales ya mencionados. Se centra completamente

en la búsqueda de mercados y niega totalmente la tesis implícita de LaFeber: que en la lucha democrática de los trabajadores rurales y urbanos de la década de 1890 reside el motor social que impulsa a la élite nacional a la aventura imperialista.

La poca voluntad de Foner para reconocer las dimensiones sociales de la tesis de LaFeber tiene sus raíces en su entendimiento leninista del imperialismo. Su trabajo mide las reacciones de las organizaciones laborales al advenimiento del imperialismo con base en el estándar de la "verdadera" conciencia de clase. No es necesario destacar que él percibe la mayoría de estas reacciones como claramente deficientes y como los productos de la "falsa conciencia" proletaria. El reconocimiento de los orígenes del imperialismo norteamericano en las luchas democráticas de los trabajadores requiere una revisión fundamental de la teoría de Lenin sobre el imperialismo y complica su crítica de la "aristocracia laboral" de las naciones industriales avanzadas. Estas son tareas teóricas y políticas que Foner y la mayor parte de los marxistas ortodoxos en los Estados Unidos y en el extranjero tienen todavía que asumir<sup>10</sup>.

En el caso de Gordon *et al*, puede decirse que al ignorar el imperialismo ellos pasan por alto el pegante que une las piezas sueltas que fueron moldeadas durante la crisis de las últimas décadas del siglo XIX y las juntan en una nueva estructura de acumulación. Estas piezas incluyen rasgos tan centrales como la organización de nuevas y concentradas formas de producción, nuevas y más conservadoras formas de organización laboral, el avance capitalista clave en la estructuración del proceso laboral conocido como taylorismo, la victoria de los partidarios del patrón oro y de un alto arancel proteccionista, la construcción de una marina de guerra para proteger el comercio de ultramar y los puertos imperiales, la consolidación de la hegemonía política del partido republicano, y la desnaturalización, a través de la fusión con el partido democrático, y el fracaso eventual, del tercer partido de los populistas.

9. Un esfuerzo altamente sugestivo para empezar a responder algunas de estas preguntas es el de Matthew Frye Jacobson en *Special Sorrows: Irish-Polish, and Yiddish-American Nationalism and the Diasporic Imagination*, tesis de Ph.D. sin publicar, Universidad de Brown, 1992. Jacobson muestra cómo la mayoría de los voceros de estas comunidades inmigrantes blancas se opusieron inicialmente al imperialismo de los Estados Unidos, viéndolo como una fuerza antidemocrática y corrupta que podría transformar a la sociedad estadounidense a imagen de los Estados europeos que ellos habían abandonado. Pero a medida que se desarrolló el debate posterior a la guerra de 1898 sobre la anexión de colonias pobladas por "gente de color", muchos de estos mismos voceros empezaron a identificarse con los presupuestos nacionalistas y racistas que justificaban el expansionismo de los Estados Unidos.

Aunque el expansionismo de los Estados Unidos, antes y después de 1898, es usualmente explicado en términos raciales, el famoso debate entre los imperialistas y los llamados antiimperialistas revela que los miedos raciales sirvieron más bien de freno a una política colonialista de formal estadounidense. Voceros antiimperialistas como Carl Schurz vieron en la incorporación de razas más oscuras y "primitivas" una amenaza a la

estabilidad y a las instituciones democráticas de los Estados Unidos. Los imperialistas, como Henry Cabot Lodge, aparentemente temían más a la amenaza social de los trabajadores inconformes. Lodge defendió ante el Senado la anexión de las Filipinas en 1890, alegando que tal política operaría "sobre todo y especialmente para ventaja de nuestros granjeros y nuestros trabajadores, sobre cuyo bienestar y empleo bien pago descansa todo el tejido de la sociedad y del gobierno". Las declaraciones de Lodge y de Schurz son reproducidas en un libro editado por Theodore P. Greene, *American Imperialism in 1898* (Boston, 1955, pp. 70-84). La cita de Lodge aparece en las páginas 72 y 73 del mismo libro. Sin embargo, ambos bandos en el debate estuvieron de acuerdo en cuanto a una política de expansión comercial en el extranjero. Como lo aclara LaFeber en su epílogo a *The New Empire* (pp. 407-417), los imperialistas y los antiimperialistas estuvieron de acuerdo en ese objetivo; ellos difirieron solamente en cuanto a lo apropiado o no de los medios formales coloniales.

10. Para la interpretación que hace LaFeber, véase *The US Labor Movement and Latin America*, Vol. 1, p. 32-33, y *The Anti-Imperialist Reader*, Vol. 1, pp. XVII-XXVII.

La euforia nacional que acompañó la "pequeña y espléndida" guerra de 1898, y la adquisición del territorio estratégico para proteger el canal que abriría el mercado latinoamericano, ayudaría a unificar el mercado nacional y abriría el camino hacia Asia, aparecen en esta lectura como los últimos pedazos que resuelven el rompecabezas de la acumulación, excepto por el hecho de que, como la mayoría de los conceptos anteriores, éste no figura en los análisis de Gordon, Edwards y Reich.

Dado el fracaso de trabajos importantes en vincular la movilización dramática de los trabajadores de los Estados Unidos de la década de 1890 con el tema de la expansión estadounidense, no resulta sorprendente que un texto nuevo y radical, el cual enfatiza el rol de la gente trabajadora en la historia de los Estados Unidos, sufra del mismo grave defecto. Inspirado por el historiador Herbert Gutman, coordinador del proyecto, *Who Built America?* (2 volúmenes, Nueva York, 1992; las referencias que siguen corresponden al segundo volumen), trata de sintetizar los "dramáticos descubrimientos" sobre la gente trabajadora contenidos en "la nueva historia social" de las últimas tres décadas. Estos descubrimientos, se anuncia en la introducción, permiten "pensar y escribir de manera diferente sobre tópicos familiares, incluyendo el surgimiento del capitalismo industrial, **la expansión de ultramar de los Estados Unidos** (el subrayado es mío), las sucesivas corrientes de migración interna y de inmigración extranjera a las ciudades de la nación, la depresión y la guerra, el surgimiento del sindicalismo industrial, y la creciente lucha por los derechos civiles" (pp. ix-x).

Pero por la forma como ellos organizan su tratamiento de finales del siglo XIX, los autores dan la impresión de que la protesta laboral de las décadas de 1880 y de 1890 llevó sólo a una reforma doméstica (la llamada "Era Progresiva" de principios del siglo XX). El imperialismo es entonces dejado de lado. No obstante, los autores reconocen que el final de la década de 1890 marca una línea divisoria en la historia del movimiento obrero en los Estados Unidos. Resumiendo, en su cuarto capítulo sobre las "guerras de clase" de las décadas de 1880 y 1890, ellos afirman que los Estados Unidos "nunca más serían testigos de un reto tan amplio y tan fundamental al capitalismo por parte de la gente trabajadora" (p. 157). Pero no vinculan al expansionismo estadounidense ni con la protesta laboral de la década de 1890 ni con el curso más moderado del movimiento obrero en el siglo XX. En vez de ello, la expansión de los Estados Unidos pasa a ser considerada en el siguiente capítulo, el cual cubre el periodo que va desde 1900 hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. Allí se trata de la manera convencional de los textos liberales que se han examinado anteriormente. El expansionismo de los Estados Unidos es "producto, en varios sentidos, de las necesidades económicas", es decir, de la búsqueda de mercados, y sigue el "ejemplo" de los poderes europeos. Las luchas laborales de la década de 1890 se incorporan a su análisis sólo indirectamente, como un estímulo a un "estridente nacionalismo", respaldado por "políticos y líderes religiosos" (pp. 161-62). Ni *The New Empire* ni los trabajos de Foner

acerca del imperialismo estadounidense analizados antes figuran en sus extensas bibliografías para estos dos capítulos. Un indicador final de su menosprecio de la importancia del imperialismo y la expansión de los Estados Unidos es el índice, en el que no aparece ninguno de los dos términos.

Mi objetivo no es denigrar de este nuevo texto, que por otra parte tiene logros admirables. Sus autores recorren un largo camino para colocar la experiencia y las luchas de los trabajadores en el centro de la historia del país. Es particularmente notable su uso de ilustraciones y el testimonio directo de la gente trabajadora para comunicar la textura de la vida cotidiana y evocar el drama de los eventos públicos. Pero su falla en vincular las dimensiones doméstica e internacional de la lucha de los trabajadores durante la década de 1890 distorsiona la historia de la era y empobrece el significado intelectual y político de sus argumentos. Los autores podrían haber desarrollado ese vínculo en varios y diversos puntos a través del libro, pero un pasaje en particular ilustra los límites de su visión y la promesa interpretativa de la alternativa que aquí se defiende.

En este pasaje los autores destacan correctamente el rol central del fiscal de la nación, Richard Olney, durante los dramáticos conflictos laborales de 1894. Empiezan por describir el terrible destino del "ejército industrial" de los desempleados que, bajo el liderazgo de Jacob Coxey, marchó sobre Washington en mayo de ese año. Luego destacan la existencia de "ejércitos" mucho más grandes y radicales en el oeste del país que algunas veces se tomaban a cargo trenes enteros. Entonces introducen a Olney, de quien nos dicen que había sido abogado de una compañía ferroviaria y quien "jugó un rol particularmente importante en la conformación de la política administrativa". Durante la crisis, "Olney obtuvo órdenes judiciales de la Corte Federal, desplegó un gran número de guardias, y finalmente empleó las tropas del ejército para poner fin a las tomas de los trenes". Estas medidas ocasionaron considerable conflicto pero al final detuvieron los decomisos de trenes y, "lo más importante, pusieron un alto a la marcha hacia el Este de los ejércitos industriales" (p. 140). Sin embargo, a mediados del verano, con miles de mineros en huelga, la nueva y poderosa Unión Ferroviaria Americana de Eugene V. Debs lanzó un boicot nacional en apoyo a los huelguistas de los coches Pullman que ocasionó el paro de la mayor parte del tráfico ferroviario de la nación. Aquí Olney vuelve a entrar en la narrativa del libro:

El fiscal de la nación, Olney, con base en las tácticas que antes empleó contra el ejército de Coxey, obtuvo a comienzos de julio una acusación de gran alcance de parte de las cortes federales, dejando efectivamente sin piso legal el boicot... Las tropas federales y las milicias estatales fueron enviadas rápidamente a seis estados. La llegada del ejército a Chicago el cuatro de julio precipitó una violenta confrontación que dejó como saldo trece muertos, más de cincuenta heridos y cientos de miles de dólares de propiedad ferroviaria destruidos. La resistencia de la clase trabajadora a las tropas se extendió rápidamente por todo el país en el

curso de la siguiente semana, abarcando veintiséis estados en total desde Maine hasta California... Para el 11 de julio un estimado de treinta y cuatro personas habían sido asesinadas; Debs y otros líderes de Unión Ferroviaria Americana fueron arrestados (p. 142).

Los autores siguen con el análisis del débil apoyo dado a la Unión Ferroviaria Americana por el liderazgo de la *American Federation of Labor* y de las amargas consecuencias de la huelga, que llevaron a prisión a Debs y a otros líderes y a la inclusión de muchos de los huelguistas en la lista negra.

Ahora, aunque los autores de *Who Built America* no nos dan esta información, se trata del mismo Richard Olney quien precisamente un año después, como Secretario de Estado, emitió un famoso pronunciamiento que notificó al mundo acerca de las intenciones de los Estados Unidos de desempeñar un poderoso y nuevo rol en el Hemisferio Occidental y en la política del poder en el mundo. "Hoy", declaró en un tono legal jactancioso, "los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente, y sus decisiones son leyes para los sujetos a los que confina su intervención"<sup>11</sup>. La intención inmediata de la declaración de Olney era contrarrestar los designios británicos en territorios reclamados por Venezuela. Pero el legado más grande de su pronunciamiento, ampliamente reconocido por los estudiosos de la historia diplomática de los Estados Unidos, fue la manera como transformó la Doctrina Monroe en un instrumento "positivo", el cual después de 1895 fue empleado cada vez más para justificar el supuesto derecho de los Estados Unidos a intervenir en los asuntos de las naciones latinoamericanas cuando consideró que sus intereses estaban amenazados.

En *The New Empire*, LaFeber subraya la relación entre este pronunciamiento de Olney y los problemas económicos y sociales internos de los Estados Unidos, de una parte, y su expansión imperial hacia afuera, por otra. Inicia su análisis de Olney de la misma manera que los autores de *Who Built America?*, destacando el hecho de que antes de que aceptara el cargo de fiscal de la nación en 1892, era uno de los abogados ferroviarios mejor pagados en Nueva Inglaterra. Pero entonces LaFeber se adentra en un terreno más complejo. Para poder entender las acciones de los Estados Unidos en la disputa fronteriza de 1895, LaFeber afirma que tienen que comprenderse dos aspectos del pensamiento de Olney. Primero, Olney había cambiado su visión concerniente a la causa de la depresión económica de 1893 y 1894. En 1893 atribuyó la depresión a una caída normal del ciclo de los negocios; en junio de 1894, sin embargo, su comprensión del panorama económico había madurado hasta el punto en que interpretaba la depresión como una gran "revolución laboral" producto de la introducción de maquinaria de tecnología avanzada en la economía (p. 256). LaFeber documenta este cambio a través de una detallada inspección de las declaraciones públicas y de las cartas privadas de Olney.

LaFeber dice que Olney esperaba que esta "revolución" podría ser canalizada de manera pacífica, pero nos recuerda que como fiscal de la nación, Olney no dudó en emplear la fuerza en la huelga Pullman y además se refería a Debs con desdén.

El segundo aspecto crucial del pensamiento de Olney, según LaFeber, fue su entendimiento del curso de la historia de los Estados Unidos. En 1895 él creía que los Estados Unidos habían surgido del período de desarrollo interno y "por necesidad estaban en expansión hacia el extranjero" (p. 256). El significado de la cuestión de la frontera venezolana comienza entonces a aclararse en el análisis de LaFeber. Al cuestionar la pretensión de control por parte de la Gran Bretaña y a expensas de Venezuela de la boca del Río Orinoco, que muchos en la administración del presidente Cleveland creyeron que era la puerta de entrada al comercio de todo el noreste de Sur América, Olney estaba intensificando la política de expansión comercial que culminó con la guerra de 1898. Al enunciar el "corolario Olney" de la Doctrina Monroe en 1895, la administración de Cleveland estaba diciendo, tal como lo denuncia LaFeber, "que el Hemisferio Occidental debía estar bajo el control comercial y político (estadounidense) y no europeo" (p. 242).

Al ignorar a Olney como diplomático, los autores de *Who Built America?* dividen artificialmente al hombre y a la historia que ellos escriben. El par de ideas expuestas por LaFeber coexistían y se complementaban una a otra en la mente de Olney. Éstas testimonian sus interpretaciones innovadoras y agresivas tanto de la ley doméstica como de la internacional. Vinculan su cruel represión de la huelga Pullman en 1894 con su diplomacia expansionista de 1895. Tal vez el pensamiento y las acciones de ninguna otra figura histórica testimonian tan poderosamente los orígenes sociales del imperialismo de los Estados Unidos.

## V

Entonces subsiste la pregunta: ¿Cómo puede uno explicar la reticencia a aceptar los orígenes sociales del imperialismo estadounidense que parecen comprometer tanto el trabajo de los historiadores norteamericanos, sean liberales, marxistas o radicales?

Tal reticencia no puede ser explicada completamente como producto de un nacionalismo acrítico. Tampoco puede la explicación descansar enteramente sobre una apreciación del poder de los supuestos liberales en el pensamiento norteamericano, o en lo que William Appleman Williams, tarde en su carrera, llamó mordazmente "el imperio como una forma de vida"<sup>12</sup>. Seguramente los supuestos nacionalistas y liberales constituyen el corazón del problema. Éstos resultan obvios en el tratamiento que se da a la última

12. En el libro con ese título (Nueva York, 1980). Con esta frase Williams quiso referirse a más que a los presupuestos liberales que excluían a la comunidad basada en la "propiedad social". También quiso significar la creencia cada vez más inconsciente de que la solución a todos los problemas domésticos recaía en la expansión exterior.

parte del siglo XIX en los textos liberales, incluyendo aquellos que incorporan variantes progresistas del pensamiento liberal aprobadas en décadas recientes en respuesta a las presiones ejercidas por las minorías étnicas y por el movimiento feminista. Juzgando a partir de estos textos, lo que *no* puede asimilarse en la tradición liberal es la idea de que la historia es precisamente la historia de *la lucha de clases*.

Mucho más sutiles, y por esta razón mucho más dicientes, son las insidiosas maneras en que la tradición liberal distorsiona el tratamiento de los orígenes del imperialismo norteamericano en las contribuciones radicales y marxistas que hemos estado examinado. En ningún lugar este proceso es más revelador que en el propio trabajo de LaFeber. Como hemos visto, las explicaciones liberales tradicionales —aquellas que LaFeber tuvo que analizar— culparon en última instancia al pueblo de los Estados Unidos por la guerra de 1898. LaFeber, por el contrario, estaba decidido a situar la culpa donde realmente se hallaba, esto es, en las manos de la élite del poder. Pero en la persecución de ese propósito él descuidó otras dos tareas esenciales y relacionadas entre sí. En primer lugar, tal como se señaló antes, él no logró desarrollar el rol de los trabajadores en llevar a la élite a la conciencia de la necesidad de la expansión. En segundo lugar, tampoco logró notar cómo la evidencia del apoyo popular a la guerra, en la que se basan las interpretaciones tradicionales, revestía en su interior un fondo democrático. ¿Acaso la mayoría de las personas que devoraron las historias de las supuestas atrocidades españolas en la prensa amarillista y favorecieron la intervención de los Estados Unidos en Cuba no simpatizaron con los revolucionarios cubanos y quisieron ayudarlos en su lucha por liberarse de la opresión colonial? Si LaFeber hubiera dedicado un poco más de atención a este último tema, habría podido alcanzar su propósito revisionista más efectivamente al incluir la interpretación liberal rival y agregarla en su argumento. Si hubiera incorporado por completo el primer tema, habría podido eliminar la ambigüedad política de su análisis y así producir una completa historia democrática de los orígenes del imperialismo estadounidense.

Sin embargo, la medida del alcance de LaFeber reside no en su descuido de estos temas complementarios, sino en las fallas de los estudiosos radicales y marxistas de la historia laboral del mismo periodo que le sucedieron. Ellos ignoran tanto a LaFeber como a los orígenes sociales del imperialismo de los Estados Unidos. Para entender cómo pudo pasar esto, sería útil ampliar el análisis de los supuestos liberales en el discurso académico estadounidense volviendo a los temas bosquejados al comienzo de este ensayo. Examinar la manera en que los latinoamericanistas han aprendido a mirar esta historia de las Américas dará realce a las diferentes perspectivas y métodos de sus contrapartes especialistas en historia de los Estados Unidos.

Primero, pocos latinoamericanistas dejarían de ver la importancia del advenimiento del imperialismo estadounidense en la historia del siglo XX. La Guerra

de 1898 y la larga onda de la expansión capitalista que siguió a ésta, transformó la vida económica, social y política de Latinoamérica. Estos mismos desarrollos alimentaron una revolución en la forma en que los académicos latinoamericanos entendieron su historia. Empezaron preguntándose por la validez universal de los supuestos liberales que racionalizaron y justificaron la expansión capitalista. Encontraron inspiración en las críticas marxistas al capitalismo y al imperialismo. Finalmente, desarrollaron sus propias interpretaciones de la historia del mundo moderno, las cuales privilegian el rol del colonialismo y el imperialismo al explicar los procesos interconectados del desarrollo y el subdesarrollo. Esta perspectiva lleva a los historiadores laborales a darle énfasis al legado del trabajo libre vs el trabajo forzado al explicar la relativa vitalidad del desarrollo capitalista en las distintas partes del hemisferio. También ha obligado a algunos a cuestionar la dicotomía, fundamental tanto para el paradigma liberal como para el marxista, el cual separa al trabajo rural del urbano. En las economías de exportación latinoamericanas que florecieron en el contexto expansionista europeo y estadounidense, tal distinción pierde gran parte de su significado.

Segundo, los latinoamericanistas no sólo estudian una región subdesarrollada, sino que por esa misma razón trabajan en un campo subdesarrollado de la historia. Sin embargo, a pesar de todas sus desventajas, el subdesarrollo tiene como corolario diversas ventajas analíticas. Una de ellas es una relativa habilidad para enmarcar la investigación en su totalidad. Debido a la limitada literatura secundaria en su campo, los latinoamericanistas pueden familiarizarse con el rango completo de la indagación histórica en su tema e incorporar asimismo el trabajo de los científicos sociales y de los humanistas. Esta perspectiva comprensiva es de particular importancia para los historiadores laborales, quienes pueden emplearla para darse cuenta de la significación de su objeto de estudio en el proceso mayor del desarrollo nacional y global<sup>13</sup>.

Que cada uno de estos puntos fuertes involucre una correspondiente debilidad debería ser obvio. Explicar la historia de América Latina únicamente como una función del colonialismo europeo y del imperialismo estadounidense distorsiona esa historia tanto como si se escribiera la historia europea y la de los Estados Unidos como si el colonialismo y el imperialismo no existiesen. Realizar un trabajo interdisciplinario y holístico a expensas de la investigación especializada puede ser tan limitante como la práctica de producir sofisticadas monografías que nadie coloca luego en un contexto nacional y global. Preci-

13. Las cuestiones abordadas en este párrafo y en el previo las analizo, en "Latin American History in World Perspective: A Dissenting View", publicado por George G. Iggers y Harold T. Parker, compiladores, *International Handbook of Historical Studies: Contemporary Research and Theory* (Westport, Connecticut, 1979); en "La Historia Laboral Latinoamericana Vista de Perspectiva Comparativa: Notas sobre lo insidioso del Imperialismo Cultural", *Estudios Sociales* 5 (1989), pp.13-26; y en *Los trabajadores en la Historia Latinoamericana: Estudios Comparativos sobre Chile, Argentina, Venezuela y Colombia* (Bogotá, 1988).

samente debido a estas ventajas y desventajas, el diálogo entre los historiadores de los mundos desarrollado y subdesarrollado es tan importante.

La perspectiva y los métodos de los latinoamericanistas hacen resaltar la hegemonía de la tradición liberal en los estudios históricos en los Estados Unidos. Al contrastar estas dos tradiciones se explica mejor la facilidad con que incluso los historiadores laborales radicales y marxistas hacen a un lado la importancia del tema del imperialismo. También ese contraste resalta la manera en que la especialización puede reforzar esa tendencia, una dinámica ilustrada del modo más claro en los casos de Montgomery y Goodwyn. Ambos son historiadores sociales altamente especializados cuyos trabajos, a pesar de todos sus méritos, rara vez trascienden los confines de su tema principal. Y dado que ellos definen su objetivo de estudio ya sea como rural (Goodwyn) o como urbano (Montgomery), ninguno de los dos ve la *unidad* de la amenaza social percibida en las mentes de quienes detentan el poder.

También debería ser clara la compatibilidad del *The New Empire* de LaFeber con la manera en que los latinoamericanistas abordan su trabajo. El objeto de estudio de LaFeber, su marco conceptual (que refleja más los presupuestos marxistas que los liberales), su aproximación holística a la investigación y al análisis, y su específica interpretación en sí misma, todos estos están en paralelo con las maneras en que los latinoamericanistas tratan de aproximarse al estudio histórico. Pero a diferencia de la mayoría de los estudios de la historia de América Latina, el libro de LaFeber cuestiona directamente a los historiadores estadounidenses. Les urge a confrontar el tema del expansionismo. Les pide una revisión fundamental de su periodización de la historia de los Estados Unidos. Les demuestra el poder de un análisis que atraviesa las especialidades económica, intelectual y diplomática.

Cuando LaFeber escribió el prefacio a *The New Empire* en 1963 advirtiendo acerca de "las muchas consecuencias desafortunadas" del advenimiento del "nuevo imperio" para el pueblo de los Estados Unidos en el siglo XX, no tenía en mente el actual estado de los estudios laborales en los Estados Unidos. Seguramente esperaba, sin embargo, que su estudio influyese a una generación de historiadores, incluyendo a estudiosos de la gente trabajadora, quienes, como mostraba su análisis, tuvieron un rol central en la génesis del expansionismo de los Estados Unidos en la década de 1890. Aunque *The New Empire* obviamente no ha tenido ese efecto, LaFeber ha continuado defendiendo el tipo de historia que logró en ese estudio. En su contribución a un reciente volumen encargado por la *American Historical Association* (Eric Foner, compilador, *The New American History*), afirma que la historia diplomática, hecha apropiadamente, "analiza las relaciones no sólo entre las naciones sino también entre los pueblos de esas naciones quienes configuran sus políticas externas. Se mueve a través de las fronteras nacionales y de las disciplinas académicas... para alcanzar un objetivo central:

descubrir y explicar el *poder* que determina esas relaciones inter e intranacionales en un mundo cada vez más interdependiente" (p. 272).

Uno podría argüir, sin embargo, con igual o con mayor fuerza, que la historia laboral debería ocupar esa privilegiada posición. La historia laboral estudia la mayoría trabajadora en la sociedad cuyas luchas democráticas son el motor social existente detrás del desarrollo y la expansión capitalistas. La comprensión de sus luchas coloca las relaciones de poder domésticas e internacionales, a las que se refiere LaFeber, en agudo relieve. Pero el objetivo de escribir tal historia no es simplemente describir y explicar de qué manera esas relaciones de poder se dan, la cual parece ser la meta que LaFeber se impuso. Ese objetivo es cambiar tales relaciones democratizándolas. Y para llevar a cabo esta tarea la mejor esperanza siguen siendo las organizaciones colectivas de gente trabajadora. Qué tan lejos están los estudiosos de la historia laboral de los Estados Unidos de percatarse siquiera del primer objetivo es evidente en el mismo volumen de la *American Historical Association*, en la contribución del historiador laboral Leon Fink. La distancia se revela especialmente en su síntesis del trabajo reciente sobre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX (pp. 240-243), la cual no menciona ni la expansión ni el imperialismo ni cualquier otro vínculo entre los asuntos internacionales y domésticos.

## VI

Las implicaciones intelectuales y políticas de esta crítica del fracaso de los historiadores de los Estados Unidos en reconocer los orígenes sociales del imperialismo pueden ser ahora brevemente esbozados. La primera preocupación no concierne a los autores de los textos liberales, cuyo propósito en pro del *establishment* es transparente, sino más bien a los académicos radicales y marxistas, cuyas importantes contribuciones a la historia laboral han sido el centro de este análisis. Al ignorar los orígenes de la lucha democrática popular del imperialismo estadounidense, ellos dan poder, no a los trabajadores sino a sus antagonistas de clase. Por tanto, rebajan, subestiman y distorsionan las propias fuerzas sociales que todos ellos esperan que puedan conducir hacia un futuro más democrático. Tampoco logran comprender la institución misma, eso es, el imperialismo, que trabajará la mayor parte del tiempo en el siglo XX para fortalecer a los antagonistas de la clase laboral y para debilitar la vocación democrática de los trabajadores, incluyendo su solidaridad con las fuerzas democráticas en el extranjero.

La época que he inspeccionado y su dinámica son similares, en muchos aspectos, al periodo de crisis e intenso conflicto de clase que llevó a la corriente expansionista de los Estados Unidos de nuestro tiempo. Del periodo delimitado por la Gran Depresión de este siglo y la notable movilización laboral de la década posterior a 1935 surgió una estructura de acumulación inicialmente mucho más favorable hacia los trabajadores en los Estados Unidos que la forjada

después de 1898. La marca de la respuesta capitalista a la movilización laboral a fines del siglo XIX fue un "nuevo imperialismo", el cual buscó mercados y promovió las inversiones en servicios, transporte y producción de materias primas en el extranjero. En el periodo comprendido desde la Segunda Guerra Mundial esas actividades han continuado, pero el medio principal a través del cual los capitalistas estadounidenses han subvertido el compromiso con un movimiento laboral poderoso en el país ha sido la corporación multinacional manufacturera. La gente trabajadora en los Estados Unidos se está dando cuenta ahora, de manera dolorosa, de las consecuencias negativas de esta estrategia para la organización laboral, para la economía de los Estados Unidos y para la reforma democrática de la sociedad estadounidense en general. Hasta que no reconozcamos que el movimiento del capital en la economía mundial debe gran parte de su ímpetu a la lucha democrática de la gente trabajadora —no sólo en la época considerada en este ensayo sino en el periodo contemporáneo también— es difícil observar cómo podríamos construir las coaliciones domésticas, en el hemisferio y en el mundo, capaces de controlar, democratizar y transformar al capitalismo.

El gran libro de LaFeber contiene los rudimientos de una historia democrática del imperialismo. Se aparta del tratamiento clásico de Lenin sobre el tema de manera fundamental, pero sobre todo en el modo

en que conceptualiza el rol de la lucha popular en el corazón industrial de la economía capitalista mundial. El imperialismo de Lenin es en última instancia economicista: privilegia las fuerzas económicas impersonales; degrada las luchas democráticas de los trabajadores en el corazón industrial del sistema mundial, confundiendo los resultados de las derrotas laborales y las consecuencias conservadoras de los compromisos entre el capital y el trabajo en una etapa de la lucha con la naturaleza, el poder y la vocación democrática de la clase trabajadora. De esta confusión salieron la justificación del vanguardismo y su secuela triste de los experimentos socialistas de este siglo.

Quienes estudiamos el objeto latinoamericano del imperialismo estadounidense trabajamos desde una perspectiva capaz de ver las fuentes democráticas de ese proceso más claramente que lo que parece ser el caso de nuestros hermanos y hermanas académicos que estudian el movimiento obrero en los mismos Estados Unidos. Compartir nuestras perspectivas podría más que ayudar a construir un entendimiento más exacto y democrático de los orígenes del imperialismo de los Estados Unidos. Puede además contribuir a su manera a una resolución democrática de la presente ofensiva de los capitalistas en los Estados Unidos, en el Hemisferio Occidental y en el mundo ○

